

Sábanas de franela

Enciendo la lamparita de mi mesilla, abro las sábanas de mi lado de la cama, el izquierdo, y me siento. Estoy cansada. Pongo el móvil a cargar, me echo crema en las manos y me meto en la cama. Hace frío, estamos en invierno y hace bastante frío. La temperatura de las sábanas traspasa mi pijama y no es agradable, pero yo sé que la franela no defrauda. En breve habrá alcanzado mi temperatura corporal y apenas unos minutos después desprenderá calor. Me gusta la franela, es una gran aliada en invierno y ahora que estoy sola más. Si me paro a pensarlo, podría decir que mis sábanas de franela me hacen feliz.

Feliz, es increíble que esa palabra vuelva a estar en mi vocabulario. Dudé seriamente de si volvería a pronunciarla, menos aún podía imaginarme que la volvería a sentir. Y, bueno, ¿cuánta felicidad pueden proporcionar unas sábanas? No mucha, pero ¿acaso no es felicidad también esa que se encuentra en los pequeños momentos?, ¿acaso por ser pequeña es menos felicidad?

Cualquiera que haya pasado por uno de esos momentos verdaderamente duros, que dan la vuelta a tu vida, sabe que esas minúsculas felicidades son las primeras con las que una se topa, son las primeras a las que una se aferra para recuperar su vida. Y aquí estoy, viuda, en mi lado de la cama, con la otra almohada colocada a lo largo de mi espalda y consiguiendo encontrar un instante de felicidad entre mis sábanas de franela; las mismas que me ofrecen ese calor de hogar que te permite entrar en duermevela, ese calor que ya no te va a proporcionar el cuerpo del otro, porque se fue, porque ya no está, pero tú sí estás, a pesar de todo.

Cuando mi mujer murió todo se volvió lóbrego, asfixiante y vacío, y lloré tanto, tanto, que pensé que jamás iba a poder parar de llorar. Lloraba al levantarme, y al acostarme hasta quedarme dormida; lloraba desnuda bajo la ducha, y mientras me envolvía en la toalla; lloraba sentada frente al mar, y echa un ovillo en el sofá. No paraba de llorar. La congoja que se había instalado en mi garganta parecía haberse petrificado allí, en medio de mi tracto respiratorio, y apenas dejaba pasar el aire, yo sentía que no llegaba a mis

pulmones. El abismo era infinito, profundo y oscuro. Estaba viva, pero no. Estaba sola, pero seguía enamorada. Estaba viuda y estaba rota.

Pero el mundo se empeñaba en amanecer cada día, los pájaros continuaban volando insolentes, las insensatas plantas engendraban hojas nuevas y el mar seguía trayendo olas como si nada hubiera pasado, seguía trayendo una ola tras otra, tras otra, como si mi mujer no hubiera muerto. Y yo me moría de rabia, ¡qué clase de mundo era este que seguía girando aunque mi amor, mi vida, mi luz estuviera muerta! ¡Qué clase de mundo podía ignorar mi dolor, mi desgarró de una manera tan descarada! Es que no podía entenderlo, es que no quería entenderlo. Odiaba esa absoluta indiferencia de la vida hacia mi agonía.

La cuestión es que un día, mientras estás en la playa llorando, con el pañuelo apretado en el puño y la mirada perdida en el mar, te das cuenta de que el sol también calienta tus mejillas. Que al salir a la calle, desorientada, giras la cabeza y vuelves a encontrarte con aquellas pequeñas flores rojas y siguen siendo suaves. Y que, sin darte cuenta, una tarde miras a través de la ventana y el vuelo de los pájaros ya no te parece una ofensa. Y tu cuerpo se afloja, y tu rabia también. Y la lluvia de lágrimas te va abandonando poco a poco, en silencio, y abre paso a una enorme, a una inmensa tristeza, pero una tristeza calmada.

La tristeza, que si bien parece que todo lo impregna, que todo lo tiñe, va dejando sin embargo pequeños huecos por los que se cuelan resquicios de vida: una ducha caliente reparadora, un paseo que te acomoda el cuerpo o incluso un plato de pasta sabroso. Tu mente, exhausta de soportar tanto dolor, deja de guillotinar cualquier indicio de emoción positiva, porque ya no puede más, porque ya ha pasado mucho tiempo. Y, así, en silencio, la luz vuelve paulatinamente a tu vida. Sin preguntar, sin pedir permiso, pero vuelve. Y un día, cansada, te metes en la cama y te descubres pensando que tus sábanas de franela te hacen feliz, y esbozas una leve sonrisa. Y al mismo tiempo, las lágrimas inundan tus ojos porque matarías por volver a sentir su cuerpo pegado al tuyo. Pero no puede ser. Porque se fue, porque ya no está, pero tú sí estás y, a pesar de todo, a veces, te sientes feliz.